

# Ensayo sobre el siglo XVIII español

Por JOSE MARIA SANCHEZ DIANA

## LA ILUSTRACIÓN EUROPEA

Las relaciones entre el espíritu nacional español y la Ilustración, hay que enfocarlas a través de la cultura francesa, prisma, que derrama las luces. Francia es el eje del pensamiento en el siglo XVIII.

La delimitación del tema nos obliga a prescindir de vastos materiales como los aportados por Inglaterra y Suiza. Voltaire llamaba a su época «Siccle des Anglais», y Suiza, convertida en refugio de los emigrados dió a luz el sentido naturalista y ejemplar de sus constituciones, que tanto habrá de influir en los fisiócratas y en el liberalismo roussoniano. Prusia, convertida en potencia de primer orden por Federico II es el país preceptor por excelencia la «Filosofía de las Luces». La línea imperialista y racionalista del pueblo alemán arranca del siglo XVIII. La actual Alemania convertida, como dice Meinecke, en el «cráter extinguido de una política imperial», empieza a influir en la conciencia española durante la época de Carlos III. Los Borbones iniciaron el acercamiento cultural y político.

España procuró llevar una política personal pero en el plano internacional, obró en función de otras potencias. La administración borbónica comparada con la de otros países posee un perfil peculiar que la aparta de tan conocido Despotismo Ilustrado europeo. Dadas las premisas que delinear toda concepción política, España que apenas asimiló la Ilustración menos podía tener su hijo, el Despotismo. Como decía Alberoni, de bien administrada hubiera sido un monstruo todavía desconocido.

El «Aufklärung» español fué la Contrarreforma, cuyo empuje aún vivía. El pensamiento está impregnado de un escolasticismo decadente y del pesimismo creado por la derrota de 1648, lo cual unido a las fuerzas reaccionarias, más fuertes que las innovadoras cortaron las iniciativas políticas y filosóficas de una minoría, escasamente preparada.

La falta de personalidades geniales que enmarquen a España en el ritmo histórico del siglo es notable. Algunas cabezas económicas dieron un tinte utópico a sus medidas pero faltó el esquema conceptual: La nueva concepción filosófica asustó notablemente a los españoles. «Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de la Razón, siglo de luces, siglo ilustrado, siglo de la Filosofía. Yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de im-

piedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador», afirmaba el gran Forner.

En realidad, los españoles desconocieron lo que era en su esencia histórica la época que vivían. El siglo XVIII es el momento de la plenificación completa de las ideas formuladas en años anteriores. Incorpora en un solo movimiento las doctrinas desarrolladas desde el Renacimiento. Filosofía, ideales políticos, ambiciones sociales que tardaron varias generaciones en sistematizarse pero cuya gestación, lenta y dura, trajo consecuencias largas y profundas. Lo antiguo, aquello que poseía aspecto de eternidad, no pudo oponerse al nuevo sentido de la vida; oposición al dogma divino, la naturaleza como valor nuevo, la crisis religiosa suspendiendo la fe. Los hombres de la nueva sociedad buscaron una comunión en el terreno intelectual, agobiados por el recuerdo del pasado. Después de la Guerra de Treinta Años hay una detención transitoria en el pensamiento histórico que equilibra lógicamente la tensión anímica con el cansancio físico. Las rivalidades nacionales se superan, buscándose las causas del mal.

Leibniz recoge el sentir universal cuando dice: «En los años finales del siglo XVIII ha comenzado un nuevo orden de cosas». El nuevo orden se dirige primero a la inteligencia, para penetrar después en sus sentimientos. Un ambiente lleno de sugerencias, resalta las aptitudes de la personalidad humana y su responsabilidad.

Contribuyeron a la formación del nuevo mundo ideológico, Spinoza que separa la filosofía de la Teología y proclamó la libertad del hombre dentro de la obediencia al Estado. Pedro Bayle escritor de un «Diccionario Crítico» donde clasifica los errores de la tradición política y religiosa, Richard Simón creador de una exégesis bíblica en sentido negativo, Leibniz que aplicó las matemáticas al razonamiento trasplantando al dinamismo universal, la idea de fuerza y de finalidad interna. «Leibniz, transforma de un golpe todo y en todos los géneros», opina Ortega (1). La influencia de estos hombres fué extraordinaria y sirvieron de puente al siglo XVIII. Voltaire inspiró en Bayle para el «Candide» y le copian La Mettrie, D'Argens, Holbach, Helvetius. Rousseau lo consultaba a menudo. La influencia de Leibniz sobre Prusia lo reconoce el mismo Federico II.

El cielo, tanto astronómico como el religioso se supeditó a la razón que se convirtió en un factor asequible a todas las clases sociales. La

(1) *Rebelión de las Masas*. Madrid, «R. Occidente», 1945, pág. 42.

razón garantizaba y aseguraba la unidad del hombre. No da saltos, sino que vive en un movimiento sin solución de continuidad. Surge el intento de reconstruir el mundo, basándose en conocimientos positivos.

La crisis religiosa iniciada con Lutero y Calvino continua en nuevas formas. Los socinianos, el quietismo, el jansenismo, el regalismo. La Filosofía aprovechó el ataque heterodoxo para justificar su postura atea y la idea de una Iglesia decadente. La separación total entre la Religión cristiana y la Filosofía se concentró en el Deísmo cuyo origen es inglés, basado en la tolerancia confesional y que derramaron por Europa los escritores del «Aufklärung». La atracción que ejerce Inglaterra sobre la curiosidad espiritual de Europa es extraordinaria. Por el sentido de desarrollo evolutivo, de creación permanente compatible con las vicisitudes históricas, fué el país modelo para el nuevo pensamiento. Locke aniquiló el tomismo decadente, y Shaftesbury representó el sentimiento de la vida y el poder del razonamiento.

De Inglaterra pasaron las nuevas ideas a Francia que las hizo fructificar dándolas un carácter marcadamente europeo, despojándolas del exotismo y gravedad que posee la filosofía británica, carente de matices brillantes. El conjunto de la vida tiene una significación distinta que insensiblemente impele a los hombres para que salgan de la cueva donde sumergen sus creencias. La reivindicación de sí mismo toma diversas formas, la ironía, la crítica, los viajes, el cosmopolitismo, la aventura, que rompe lo que Rousseau titulaba «las cadenas de la esclavitud», los dogmas y sistemas tradicionales. Hallar el hilo de la existencia entre la complejidad del pensamiento fué el trabajo principal. Los hombres de la Ilustración se perdieron en el detalle pero no en la tarea del conjunto que trabajaron con soberbia conciencia.

La razón no pudo ahogar los martillazos irónicos de Voltaire, ni el sentimentalismo de Rousseau. La plasticidad de una era nueva fué definitiva para la formación de la sociedad dieciochesca. «Antes pensábase como Bossuet, de repente se piensa como Voltaire», dice Paul Hazard. El nuevo ideal es el realismo de la existencia, constituido por el hombre libre. El sentimiento de la libertad penetró en la poesía y en la historia que se hizo filosofía. Las Academias fueron las definidoras del nuevo orden y la clase burguesa sus propagadoras.

La lógica, el límite, lo preciso, y exacto une el pensamiento a la forma matemática. El Arte, la Ciencia, el Derecho, la Moral, la Educación se trata en síntesis bajo la idea del progreso indefinido, cuya problemática está resuelta por la Razón. Voltaire creó el término «Filosofía de la Historia», iniciándose como demuestran Cassirer y Dilthey, la conquista del mundo histórico por medio de la «Historiografía Filosófica.»

El trascendentalismo se convirtió en doctrina ridícula y el pensamiento se proyectó en la tierra, cuya identificación con los destinos humanos fué el sueño de los filósofos. «Fué la intromisión de los individuos en una esfera general, abstracta y extrahistórica», como dice Hegel (2). La unidad espiritual de las naciones sólo vivió en algunos cerebros privilegiados. El Abate de Saint-Pierre, Kant, por ejemplo. En realidad, los nacionalismos rebasaron el movimiento de las «Luces» que cayó en lo declamatorio, mientras nuevas fuerzas entraron en la Historia. Kohn nos ha constituido el Nacionalismo cuyos brotes sentimentales y terrestres crecen en el XVIII, determinando una conciencia romántica, hambrienta de poesía.

La relación Dios-Hombre se rompió y la única afirmación fué el Hombre, que poseía el conocimiento racional de Dios. Desde las bibliotecas y cuartos de estudio el bullicio de los salones, se ensayó entre reverencias y música de minué, el sistema de la Naturaleza Religiosa, libre de petrificaciones eclesiásticas. La última frontera del conocimiento se encontraba donde la existencia del mundo no se explicaba con una divina inteligencia. La relación del presente histórico con las circunstancias que determinaban los fenómenos era la única metafísica. La divinidad era, en frase de Federico el Grande, «el sensorium del Universo» (3).

Las nuevas sectas filosóficas derivadas del Deísmo fueron el materialismo de La Mettrie y el Panteísmo que se rozaban con el Ateísmo. La idea de incredulidad fué atacada por los «ilustrados» que tenían fe en el progreso y la evolución de la cultura. Prueba de esta fe fué el positivismo de D'Alembert, Turgot, Condorcet. La existencia de Dios como la de un artista, base del desarrollo humano, no fué rechazado por el «Aufklärung», que se apoyaba en las Matemáticas y la Geometría para explicar su sentido. «Nuestro Siglo posee el fanatismo de las curvas», decía el Rey de Prusia (4). El sello de Dios no es patrimonio de la Iglesia, está en toda la Naturaleza que puede vivir sin Iglesias, pero Dios es necesario. «Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.»

Dilthey que es con Cassirer quien de modo más objetivo ha estudiado la Ilustración, ha descubierto en ella por encima de la superficialidad que le achaca la posteridad, «un sentimiento vital desgarrador». A este sentimiento debe atribuirse la búsqueda de paisajes limpios y pacíficos, no enrarecidos como los de Europa. La vida soñada es sencilla, sin complicaciones, factor impresionante para un europeo que soporata un pasado sangriento. No hay utopías políticas sino de la felicidad, como en la obra de Wieland. El optimismo que Leibniz ya recogió en su «Monadología» y que duró hasta el desastre de Lisboa.

Voltaire fustigó al optimismo en su «Candi-

(3) DILTHEY. *Federico II y la Ilustración*. FCE., 1945, Méjico, pág. 92 (vol. de Leibniz a Goethe).

(4) DILTHEY. O. c. 92.

(2) *Filosofía de la Historia*. Madrid, «R. Occidente», II, 652.

de», que era un «Job, vestido a la moderna», como dijo su regio discípulo. Sin embargo, la utopía en el porvenir feliz de la Humanidad se mantuvo. Basta leer los discursos de los convencionales franceses, las páginas de un Condorcet amenazado de muerte y soñando con un futuro de bienestar y alegría. El Siglo XIX continuará sosteniendo la esperanza de un mundo mejor. «El subjetivismo iba siendo forzosamente el molde en donde se vaciaba el pensamiento de los filósofos del Siglo XVIII», afirma Menéndez y Pelayo (5).

Surge en los diversos o estados de alma del siglo, una complejidad anímica indefinible. Los fenómenos se amontonan y todas las cabezas capaces de pensar se creyeron con derecho a emitir su opinión, a escribir, hablar y no retroceder por nada. La duda cartesiana se revuelve contra el estado filosófico y separa aún más la sociedad, pero siempre era superior la unidad de las conciencias ante las diferencias doctrinales. Kant fundió las distinciones en sus monumentales «Críticas», Hume influyó profundamente cuando quiso restaurar filosóficamente a Europa. Hombre frío y agobiado por la pasión del saber, atrajo a Rousseau, que acabó, en su innata amargura, por reñir con él. Hume dió la nota escéptica más perfecta de la época y la posición negativa de sus seguidores prepararon el camino de la Revolución.

No era una nueva Filosofía de la Historia opuesta al providencialismo de Bossuet, era más bien «una crisis de crecimiento», como decía Kant, lo que disgrega los pensamientos europeos, arrojándoles de una orilla a otra. Los revolucionarios franceses fueron su manifestación política, repitiendo en el terreno de los hechos lo que ya estaba concebido. La historia ha de estudiar esta época y a sus hombres representativos con auténtica justicia. No puede condenarlos ni salvarlos según las opiniones políticas o religiosas del espectador. Los sentimientos que entraron en acción fueron sinceros. Tanto los que de un modo radical exaltaron la duda y rebajaron la Religión como los defensores de la Tradición, ofendieron o lisonjearon a la posteridad, pero la interpretación histórica debe colocarse en un plano superior. Que la vida se haya aligerado u oprimido por culpa del siglo XVIII no nos da derecho a insultar a la Ilustración. Ambas mercedes fueron necesarias y es pueril buscar enemigo donde sólo hay muertos.

Estamos viviendo consecuencias demasiado entrañables y es preciso ahondar en el origen de nuestra situación. «Sine ira et cum studio.» Hay todo un proceso desde el Hombre-Poder de Maquiavelo al Hombre-Máquina de La Mettrie, cuyo eje es Descartes, a quien Ortega bautiza como «el canto del gallo del Racionalismo».

La evolución intelectual era la de una tesis unitarista, que reducía al cálculo, las transiciones existentes entre el hombre y el universo.

La nueva Ley divina fué la Naturaleza, «especie de diosa —decía Comte—, fabricada por el hombre» que ensanchó el círculo mental subordinando a conceptos claros y generales la herencia del pasado. Así triunfó el espíritu revolucionario «pueril empeño de racionalizar de una vez para siempre las formas irracionales» (6). La obsesión por lo categórico era un fuerza ciega y la estructuración científica creó la gran sociedad de la Ilustración que representó en la historia el nacimiento de la conexión de las ciencias del espíritu (7). Imitar a la Naturaleza por encima de la reflexión fué la sabiduría esencial (8).

Lessing llamó a su época «Postmundo» oponiéndola a la Antigüedad. Término místico medieval aplicado a la educación del género humano. ¿Había llegado la Era finalista? Kant estableció la ordenación racional de la vida sistematizando las conquistas de la Ilustración y Alemania se convirtió en el Cuartel General del nuevo credo. Berlín es el centro académico del siglo y Federico II su Director.

La imagen del siglo XVIII es la de una auténtica Cabeza de Jano, situación bifronte, cuyo material formaba la realidad sensible, que Spinoza llamaba «Facies mundi.» Voltaire ríe por esta cabeza y los enciclopedistas exaltaron la corriente racionalista, llena de densas sugerencias. El cosmopolitismo se unió a la peculiaridad nacional, «l'esprit des nations», «das Volkgeist», la creencia de ser Europa una nación compuesta de otras naciones, y el propio país el eslabón intermedio entre el individuo y la Humanidad.

Danton reconocía en 1793 que la revolución estaba en los espíritus, cuando menos veinte años antes de su proclamación (Palabras en la Convención. 13-agosto-1793). El manifiesto a las naciones para la subversión fué la Enciclopedia, colección de libros que universalizó la Razón, exponiendo el orden y encadenamiento de los conocimientos humanos desde el punto de vista «ilustrado». El sonoro y grave nombre de la Enciclopedia, espanto de las conciencias timoratas, era un Bayle superado, lleno de audacia e irreflexión, donde los juegos de la razón se unieron al paganismo reinante.

Los pensadores del XVIII no permanecieron encerrados en sus gabinetes y salones. La filosofía sin la acción no tenía razón de ser. Dueños del tiempo quisieron serlo del espacio y descendieron al pueblo, dispuestos a modificar la Historia. Esta inclinación recurrió a diversas incitaciones: la fisiocracia, creadora del futuro liberalismo, Montesquieu, de tendencias parlamentarias orgánicas; Rousseau, intolerante y agresivo, partidario de la democracia igualitaria; Condorcet, revolucionario. El enemigo común fué el despotismo, contra el que se dirigieron todos los esfuerzos, unidos por el sen-

(6) *Ideas para una Filosofía de la Historia de España*, pág. 4.

(7) DILTHEY. *El mundo histórico*, págs. 359-360.

(8) BURKE. *Reflexion sur la Revolution de France*. París, s. a. 3ª. ed., pág. 63.

(5) *Ideas Estéticas. Introducción al siglo XVIII.*

timiento optimista de que la acción individual se armoniza completamente con la de la sociedad (9). Surgió la idea de la libertad civil, de la libertad política. La independencia del hombre frente a la Iglesia lo fué también refiriéndose al poder establecido. Europa sentía la llamada de algo nuevo, impresionante y necesario. La fecundidad del Siglo fué abrir otro destino histórico aunque fuera a costa de una orgía revolucionaria. El pasado era estrecho, oscuro, intransitable. La mirada del Siglo se proyectó en el porvenir y transformó el pensamiento del mundo.

El Estado que Hobbes había teorizado sobre el aforismo «Homo Homini Lupus», que arrancó de Shaftesbury palabras de conmiseración por los lobos, objeto de tal comparación, encontró su más completa justificación en el siglo XVII. El Estado adquirió todos los resortes técnicos que en el orden público y en la administración imperarán después. La aristocracia era incapaz en la nueva tecnocracia y fueron los burgueses quienes dieron corporeidad a la dimensión política.

La Ilustración y el Despotismo estatal, tan contradictorios entre sí, son hijos de la misma corriente ideológica. Juntos nacieron y se desarrollaron, Racionalismo filosófico y política de «Razón de Estado». Si el Antiguo Régimen hubiera sabido cuánto de permanente y de oposición a sus ideales, había en la Ilustración, es posible que su despotismo le hubiera limitado. La coyuntura histórica no fué aprovechada por las Dinastías que Bonaparte barrió. Los «Dés-potas» se contagiaron de filosofía y se llamaron «Ilustrados». Los intelectuales que creen gracias a sus propias víctimas, harán que su paso sea transitorio y aceptan la alianza. La unidad se plasma entre la paradójica discrepancia interna del poder real y la inteligencia. La fusión y disidencia de ambas, su comprensión y el aborrecimiento secreto que anida en lo profundo, forman la historia civil del siglo XVIII. Tres son las fuerzas representativas del siglo político: la sociedad filosófica, el «Aufklärung», los reyes y sus ministros.

Europa había vivido un siglo que Voltaire llamó de Luis XIV, porque todos los actos y pensamientos de Occidente giraban alrededor de esta figura que aparece en el conjunto histórico como un monarca hierático, grave y solemne, ungido de Dios y emanando leyes y cultura por las cuales vive la nación. Luis XIV representó la unión de la Monarquía pura con los valores intelectuales. España había dado el modelo de Monarquía abstracta y tomista. Inglaterra aportó el genio individual a la política y el mesianismo en la acción. Luis XIV unió ambos sentidos.

La política internacional, sometida a las influencias religiosas, movida por intereses dogmáticos dejó de ser la justificación de creencias y confesiones. Las guerras fueron por reivin-

dicaciones territoriales, problemas de prestigio dinástico y conquista de mercado. Las Casas Reales pensaron más en el espacio geográfico que en las ideas.

Política y Razón en íntimo maridaje contienen durante varias generaciones sus límites y forman el Despotismo Ilustrado. La separación se verificó en Francia pero durante su temporal unión, vive Europa una de las más paradójicas épocas. Un hondo sentido del poder anima los Estados que vieron entrar a su lado, el sistema revolucionario. Desde que Luis XIV expresara en su política que el Estado era el mismo monarca, hasta la frase de Federico II considerando al Rey como un servidor del Estado ha ocurrido una revolución en la política. El cesarismo del Rey Sol pierde el nimbo del poder, majestuosamente teológico y supedita su misión, no a las Sagradas Escrituras sino al pueblo. El absolutismo fué tan intenso en el siglo XVIII como en el XVII. Lo que cambió fué su transcendencia política, la conexión forjada por poderes ultraterrenos. La concha en la que los reyes escondieron su poder, perdió la decoración mística pero en cambio ganó el Monarca como hombre. La maravilla de la realeza se perdió para convertirse en un lenguaje claro, razonable, que conmoviese a las masas. El espíritu cívico de los «ilustrados filósofos» fué el portavoz real. El gobernar era un acto civil. El conocimiento de pueblo se hizo cualidad cortesana y hasta la expresión se ciñó a la mentalidad burguesa y pacífica. La Corte quedó como un atributo del Soberano, como el adjetivo que necesita un sustantivo para definirse, pero perdió su acción creadora y sólo fué un color más para adornar el traje del Rey.

En otras épocas, la nobleza y el clero habían servido como lazo de unión entre el Rey y el pueblo. Al absorberse la nobleza en la vida palaciega y al perder el clero su reputación y fuerza ante los ataques de la filosofía quedó el Soberano solo ante las masas. La Corona dependió de la capacidad personal de sus portadores. En el vacío reinante, los grados de relación se suplieron con la administración racionalista. La legislación y el decreto reemplazaron al noble. El Regalismo distanció de Roma a los Soberanos católicos, aumentando la brecha anterior. Quedaron el Rey y la Burguesía frente a frente. El choque se hizo inevitable al faltar los diferentes lazos de asociación.

El Rey es un filósofo más de la Ilustración. Mar y Tierra existen para él en la limitud de sus concepciones. Si el Rey no era filósofo, la Ilustración le atacaba. El sistema tenía que derrumbarse al fallar el representante de la soberanía. Ser Monarca era representar el Estado. Su personalidad llegaba a los límites naturales del Reino y fundamentaba el principio de las naciones. Cuando el Rey desapareció, el pueblo, como soberano, ocupó su puesto. Los monarcas absolutos, al colocarse en el punto más alto de la soberanía, hicieron de su persona la bandera de la Patria. Hablar del Rey era colocarse a la altura mental de los súbditos. Su política fué casera, de campanario. El Mar-

(9) GUIDO RUGGIERO. *Historia del Liberalismo*. Introducción. LXVII.

qués de Segur narra en sus «Memorias» una visita hecha al Conde de Aranda, Embajador de España en París, días antes de salir para San Petersburgo: «Relata con una ironía muy del Siglo XVIII la pequeña lección de política internacional que le dió Aranda sobre una mesa, un mapa de Europa y sobre el mapa, el dedo del célebre ministro trazando los límites geográficos de cada país. En ellos estaba toda la política (10). Esta determinación de fronteras da, como consecuencia lógica, el sentimiento territorial que aún no se halla desligado del Monarca. Los reyes, en cuyas manos está el hacer o deshacer los límites físicos, son portavoces de la ambición nacional. Existe una marcada diferencia entre el absolutismo de un Rey del Norte y el de un Borbón. La tesis política por la que se mantienen es la misma, pero no la argumentación. Los países germánicos y anglosajones han pasado por dos clases de revoluciones, la protestante y la dinástica. El Estado se halla depositado en la razón de los pueblos que se avienen al pacto como en Inglaterra o el libre criterio como sucede en Alemania. El poder de la Iglesia, no existe como fuerza política al Norte del paralelo de París y en el Sur se considera todavía al Soberano como la cúspide de una columna mística.

El Monarca Ilustrado obra libremente y el espejismo que produce su interés social engaña a los súbditos, que creen sostener con la lealtad sus propios ideales. Proclama los más altos principios pero no tolera obstáculos a sus derechos. Las garantías se dan a los vasallos fieles. La fe medieval es ahora obediencia cívica y patriotismo. El poder civil supera todo poder espiritual. Conserva la idea del bien común y la tutela patriarcal. Los Reyes que mejor practicaron este programa, unieron las aspiraciones de la Ilustración a la herencia histórica de sus países.

El Estado es la nueva Roma hacia la que convergen todas las corrientes del país. El deseo estético y político de las gentes encuentra en el absolutismo un descanso y consuelo al dejarle satisfechas sus necesidades primarias. Calmar y contentar a los pueblos es lo fundamental. La burguesía aspira, ambiciosa, a dirigir el Estado y son los que no se contentan. Los reyes inconscientemente van elaborando con sus decretos la fuerza que los suplantarán. La fuerza es exaltada como medio necesario a la felicidad del Estado. Pierde su carácter amoral cuando está al servicio de la colectividad. La creación de nuevos organismos dispondrá del sistema policíaco para su perfecta actividad. Unificación administrativa y judicial, regalismo, intervenciones económicas van respaldadas por el ejército y guardia interior.

El equilibrio político es una pirámide, cuyas aristas compensadoras son el sentimiento nacional y la ambición dinástica. Se unen en el vértice en donde convergen las fuerzas creadoras. Absolutismo práctico y Liberalismo teó-

rico se dan la mano, intentando el sistema del despotado hacer política con la razón pura, aplicando un mecanismo sin sentido popular en el suelo humano. Su existencia fué beneficiosa para Europa. La nueva clase burguesa, ambiciosa y artesana, encontró su mejor apoyo en el príncipe y comenzó la campaña contra el feudalismo y las instituciones nobiliarias.

Fué el sistema gubernamental más matemático de la Historia. Sus servicios funcionaban como números, cuyas combinaciones regulaba sólo el Monarca. Los súbditos eran como piezas de un gran ejército, ruedas de un reloj sin más autoridad e iniciativa que la consagrada por la originalidad real.

El organismo policíaco, aprendió los principios racionalistas de la Ilustración y la conexión de las ciencias en busca de la unidad política. El virus revolucionario cuajó en las Monarquías que sistematizaron las reformas, pero los pueblos agitados por la burguesía dieron otro giro a las reformas. La economía brotó en formas nuevas y el género de vida exigió un reajuste de la vida comercial. La agricultura y el comercio con el exterior reemplazaron las preferencias por el tesoro nacional, constituido a base de metales preciosos. La densidad de población fué signo del florecimiento político. El Estado quiso aprovecharse de la situación con tarifas y concesiones, cartas, privilegios y monopolios. Las colonias son vistas como patrimonios o propiedades explotadas en beneficio de la metrópoli, adquiriendo máxima importancia las Casas de Banca. El trabajo y la perseverancia en obtención de los frutos naturales son la única fuente de riquezas.

La economía doméstica cobró gran auge y la administración estatal procuró invertir intereses en las empresas exteriores. El Colbertismo empezó a ser sustituido por la Fisocracia, que veía en la tierra el ancla de salvación. El orden natural se opuso al positivo acomodándose los actos a las leyes naturales. Contribuciones únicas simplifican la maraña de tributos y cargas. Los hechos sociales aparecen en íntima dependencia con el campo económico y mueven las plumas de los filósofos que establecen las primeras líneas de una interpretación material de la Historia. Como decía Voltaire: «No se trata de hacer una Revolución como en tiempo de Lutero, sino de hacerla en el espíritu de los que han nacido para gobernar».

#### OBSERVACIONES AL DESPOTISMO ILUSTRADO DE ESPAÑA. LA CULTURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII. TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS

La crítica de Forner al Siglo XVIII y el auge que ha cobrado en nuestra actual investigación la citada centuria ha determinado estas consideraciones sobre la Ilustración española.

El Siglo XVIII es, ante todo, el momento de la plenificación completa de las ideas formuladas en años anteriores. El movimiento intelectual europeo incorpora todos los pensamientos y máximas fraguadas desde el Renacimiento.

(10) COMTE DE SEGUR. *Memoires et souvenirs. Sous le regne de Louis XVI.* Paris, s. a. ch. XIV. 131-132.

Europa llegó a la plenitud de su agitación intelectual. Tenía cuanto necesitaba: credo filosófico, credo político, credo social. La revolución podía empezar.

No se ha estudiado todavía la influencia de las nuevas ideas en España y cómo reaccionó el pensamiento español ante la Ilustración. Las páginas de Menéndez Pelayo, atacando el afrancesamiento y el subjetivismo del siglo, han servido de guía durante mucho tiempo a toda ulterior investigación. Véase, por ejemplo, las consideraciones del ilustre patriarca de las letras españolas en las «Ideas Estéticas. Introducción al Siglo XVIII», en donde sólo se salva del anatema aquéllos que forman la llamada «Ilustración Católica Española».

Para llegar al análisis perfecto del siglo es preciso que nos sumerjamos en el proceso de disolución y construcción política de España. Las ideas nuevas desataron los anhelos de una minoría. Desde la independencia del hombre frente a la Iglesia, a la creación de una nueva sociedad, los españoles intentaron labrar un destino propio y peculiar. La duda y la crítica hicieron traición a los poderes tradicionales, de la duda nació el disentimiento que tomó forma irónica o de sordo rencor. Los espíritus empezaron a hablar y a discutir como antes no se hizo. ¿Hubiera sido posible en la época de Felipe II un ingenio como el de Feijóo? Las virtudes sociales que la picaresca y el vicio habían convertido en quimeras se convirtieron en una realidad asequible. Las formas estaban viejas y surgió la incitación de otras nuevas. Veamos algunos aspectos de nuestra cultura en la época. La Dialéctica tal como la veía Hegel, en una regularización culta y metódica del espíritu de contradicción que cada hombre lleva consigo y que se muestra en toda su grandiosidad, cuando intenta diferenciar lo verdadero y lo falso ha sido imposible en España, donde los españoles cayeron en lo que tanto temía Goethe al tratar este problema, en la enfermedad que troca lo verdadero en falso o viceversa.

La revolución española en su contenido ideológico y social se fraguó en la mente del siglo XVIII. La serie de reformas administrativas y económicas, los movimientos liberales, sensatos o insensatos del XIX, se gestaron en la época de la Ilustración. Pero la Ilustración del siglo XVIII tuvo un carácter tradicionalista, de rancio casticismo hispano y los hombres del XIX, profundamente subjetivos, se dejaron llevar por ambiciones personales. Averiguar quién era la libertad y cómo disfrutarla no lo hizo nunca el político del Romanticismo. En cambio, los hombres del XVIII se esforzaron, filántropos y generosos en una acción personal, doctrinaria y creadora dentro de un orden, impuesto sobre sus instintos primarios.

El sentido de la potencia hispánica se había perdido en la Península durante el siglo XVIII. España ya no construyó, sino que defendió lo construido. La falta de espíritu ofensivo es, en algunas cabezas privilegiadas, crisis honda y amarga. El marasmo, la pereza y el pesimismo

inundó el solar nacional. Cuando entramos en el siglo XVIII, España es ante los ojos de Europa un nido de monstruos y enfermos mentales. Vamos a reseñar unas cuantas opiniones que registran el atraso espiritual y social de nuestro país, en unos años que fueron para Europa de los más fecundos en el pensamiento.

Tenemos en la correspondencia de Voltaire ejemplos continuos de lo que significaba España ante las intelectualidad europea. En carta escrita al Marqués de Miranda, los insultos y el desprecio a la incultura española se amontonan. Pensar es en España un crimen. Los muros de Madrid son la aduana que guarda la corte, dominada por los jesuitas, impidiendo la penetración de las ideas que han de introducirse como las mercancías de contrabando. La persecución es tan odiosa que Constantinopla puede ser calificada de ciudad más libre que Madrid. Abriendo los ojos a la Ilustración del Siglo es como puede verse los errores de la Iglesia. Menos mal que hay un hombre extraordinario, el Conde de Aranda, que ha empezado la lucha contra la superstición (11).

La personalidad del Conde de Aranda es resonante en el Siglo. Se le cita continuamente en todos los escritos de la época como el de un regenerador. Federico II de Prusia, en carta escrita a Voltaire, anotaba la influencia de los monjes y de la Inquisición en el ánimo real y la lucha sorda que tiene planteada con ellos, el conde de Aranda, impotente ante un pueblo, brutal y fanático, halagado por ceremonias estúpidas, digno de compararse con los antropófagos (12).

Los testimonios del Siglo sobre la ceguera científica e intelectual de los españoles abundan. El abate Veyrac, en su cuadro de viaje titulado «Etat presente de l'Espagne ou l'on voit», publicado en 1719, escribe sobre la predisposición española para los estudios. «Son de tal manera esclavos de las opiniones de los antiguos que nada es capaz de hacerles abrazar las de los modernos: Aristóteles, Scoto y Santo Tomás son para ellos oráculos.»

D'Alembert, nombraba a Voltaire en interesante carta el giro de veinte luses de oro, enviados por el duque de Alba para una estatua que se quería levantar al autor de «Candide»; el duque se ofrece a Voltaire, confesándose su admiración, aunque se halle condenado a cultivar la razón en secreto (13).

Bourgoing cita en su *Tableau de l'Espagne Moderne* la restauración nacional de España en el siglo XVIII, gracias a los extranjeros que sirvieron a los Borbones, haciendo por su patria adoptiva lo que quizá no hubieran podido desarrollar en la suya como si la Península fuera un país indígena al que colonizar; Wall, Esquilache, Grimaldi, D'Orry, Amelot, escalan las más altas esferas del Estado sin que una re-

(11) 10 agosto 1767. *Correspondance*, vol. LXV-506-507. Paris, 1825.

(12) 10 marzo 1777. *Correspondance de Voltaire avec Frederic*. III-388 ed. 1824.

(13) 14 de mayo 1773. *Correspondance de Voltaire*. LXII, 640.

volución comunera pida su expulsión. El caso de Esquilache es una confirmación de la pérdida de sentido nacional. El ejército cuenta con nutridos cuadros de oficiales extranjeros: O'Reilly, Maritz, organizador de la artillería; Gautier, impulsor de las construcciones navales. Los Regimientos de suizos y walones dieron a España magníficos jefes. El Cuerpo Diplomático, el más difícil en manejar, tenía en su escalafón nombres como Alberoni, Riperdá, Masserano, embajador en Londres; Lacy, en Estocolmo; Grimaldi, en París; Mahoni, en Viena. Las obras públicas y la poliorcética fueron impulsadas por Maur y d'Arcon que dirigen los sitios de Mahón y Gibraltar; Crillon y Nassau mandaron los ejércitos y las finanzas las reformó Cabarrús, gracias a la garantía de casas francesas (14).

¿Cuál fué la verdadera situación social y cultural española? Los elementos nacionales deseaban una transformación de las instituciones patrias, pero conservando sus primitivas esencias españolas. Sólo una pequeña minoría quiso hacer tabla rasa del bagaje histórico. En la plenitud alcanzada del siglo, el fondo primitivo español, falto de raíces políticas donde asentar su justificación vital, hubo de asimilarse la cultura extranjera, especialmente la francesa, pero no perdió sus caracteres nacionales; al contrario, el ser hispano permaneció impermeable a la lluvia de ideas, filosóficas y económicas que no comprendía. La Ilustración española posee un marco peculiar diferente al europeo. Las reformas que impulsó la Ilustración y el Despotismo adoptaron un aire nacionalista. El gesto de Floridablanca y Aranda expulsando y persiguiendo a los jesuitas, pero arrepiñándose más tarde, es muestra evidente del arrebatado ideológico que dominó a unos españoles, cuya constante racial acabó por sobreponerse.

Cuando los vientos racionalistas soplaron en los campos españoles el país estaba aún sumido en el cansancio y dolor del quebranto sufrido en el reinado de Carlos II y en la guerra de Sucesión de Felipe V. Feijóo asiste con dolor al abandono en que vive España: «¡El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele! ¡Cuán diferente es este siglo de los pasados! ¡Gotosa está España!» (15).

Sempere y Guarinos lamenta a su vez la inadecuación que sufre España ante las ideas triunfantes en Europa y la apatía nacional. «Se vió ir eclipsando el brillo de su instrucción y literatura de suerte que a principios de este siglo apenas le quedaba más que una confusa memoria de lo que había sido» (16).

El conde de Cabarrús escribía en una de sus cartas: «veo ruido, polvo, monotonía, sujeción, desperdicio inmenso de hombres, de animales y de dinero; una vida atropellada y tumultuaria y en vez de la inocente alegría y de

la serenidad leo en los semblantes el peso enorme del tiempo, el aburrimento de sí mismo y de los demás, el recelo y los cuidados devoradores» (17).

Compañero de Cabarrús en condolerse del «aburrimento nacional» es Campomanes, que analiza la oscuridad en donde duermen los españoles. «Las ideas confusas han producido en España resistencia a todo proyecto nuevo, porque faltando a muchos las nociones suficientes para analizar las partes de que constaban, prefieren la crítica vaga y viven no poco preocupados de una desconfianza general de cuanto oyen por la primera vez sin pararse a hacer otro examen» (18).

¿Nos encontramos ante otro grupo del «98» en el Siglo de las Luces? El descenso cultural sufrido por España, desde la época de Felipe IV, ¿puede ser resuelto o no? Tal es la pregunta que se hace el siglo. El P. Feijóo, cuyos escritos tienen un eco extraordinario en la centuria, nos dice que España fué altamente celebrada en otros tiempos por las naciones que la desprecian hoy. «Nuestra pereza o nuestra desgracia, de un siglo a esta parte, ha producido este injurioso concepto de la nación española» (19).

Hay una diferencia histórica que conviene salvar. El espíritu científico del sabio benedictino no discernía problemas de índole política, sino intelectual. Esa era la cuestión, el abandono de la ciencia. Ya Saavedra Fajardo anotaba que las Matemáticas eran aborrecidas y menospreciadas de todos. Esta laguna que rompe la continuidad cultural, es la que quieren llenar los hombres del siglo XVIII, triste consecuencia de la insistencia en falsos valores.

Un artículo anónimo publicado en el *Diario de los Literatos de España* retrata nítidamente el desprecio que se solía aplicar a la ciencia. «Esto de filosofía se mira como una nueva secta que se han de cerrar los ojos y el entendimiento... nos quebramos la cabeza y hundimos con gritos las aulas, sobre si el ente es unívoco o análogo, sobre si trascienden las diferencias, sobre si la relación se distingue del fundamento» (20).

La impresión que tenemos de la cultura española en el siglo XVIII es sumamente lamentable. Basamos esta afirmación, no en opiniones personales, sino en el testimonio de la época. El corte con la ciencia es casi total. ¿Cómo podría España en el breve lapso de dos o tres generaciones ponerse al nivel de Europa? Por grande que fuera el esfuerzo nacional siempre quedaría atrás, pues su meta habría sido rebasada tanto más en el futuro por los europeos. Fué una auténtica carrera la que hizo España

(17) *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*. Imp. Ferreira. Madrid, 1933, pág. 146.

(18) *Apéndice a la educación popular*. Madrid. Imprenta Sancha. MDCCL. XXV, II, pág. 30, ss.

(19) *Teatro Crítico*, LVI, 194. Véase la glosa de R. PÉREZ DE AYALA «Política y Toros», 1918, páginas 35-63.

(20) Citado por MARAÑÓN. *Más sobre nuestro siglo XVIII*. «Rev. Occidente, XLVIII (1935), 294-5.

(14) 4.<sup>a</sup> edi. Paris, 1807, III, 141-143.

(15) *Teatro Crítico*. B. A. E. LXII. IV. 13-14.

(16) *Ensayo de una biblioteca española*. 1785, I, pág. 2.

para igualarse a sus contemporáneos. El siglo se inició lleno de melancolía. Leamos a Feijóo. «¿Puede llegar a más nuestra desdicha? O mejor dicho, ¿puede llegar a más nuestro oprobio que el que los mismos extranjeranos nos den en el rostro con la desestimación de nuestros más escogidos autores?» (21).

A mediados de la centuria una sonrisa de alegría y esperanza cundió entre los españoles ante los resultados alcanzados, pero fué breve. La transformación espiritual que siguió al reinado de Carlos III se cortó y como dice Quintana, «las letras y los estudios fueron mirados con ceño y desdén, a veces perseguidos y siempre miserablemente degradados» (22).

¿Quién eran los culpables del agotamiento intelectual? ¿Los enciclopedistas, los tratadistas, los franceses? Vivimos todavía muchos de sus efectos para poder enjuiciar objetivamente la cuestión. Siempre existió una resistencia del solar hispano, a lo extranjero, a la innovación. El P. Larramendi nos da expresivo ejemplo cuando comenta el prólogo de la obra matemática de Jorge Juan. «El Inquisidor General y calificadores arrugaron mucho la frente: como que se escandalizaban de la opinión del movimiento de la tierra, sin respecto a la condenación de Roma en el triste caso de Copérnico y Galileo. Pero el P. Burriel esgrimió la espada de su erudición con tal fortuna, que convenció a unos y otros y quedó triunfante; aun así no ha sido poco que nuestra Inquisición con sus escrúpulos sobrados no la haya mandado suprimir y puede contarse por un milagrito» (23).

El desprecio a la innovación, tenía caracteres grotescos, cuando su único fundamento era la pereza mental. Voltaire contaba riéndose el caso del embajador español en Londres, que tomó por locos dos sabios ingleses que le pedían ayuda para una expedición científica, con objeto de medir el peso del aire (24).

La acción de los hombres ilustrados, católica o enciclopedicamente se veía coartada por el ambiente hostil e indiferente. Aun así, España dió un gran avance en sus conocimientos. Los trabajos realizados pueden dividirse en dos tendencias, una católica y tradicional que quería adaptar lo viejo a lo nuevo, como Feijóo, Jovellanos, los jesuítas, y otra de tipo racionalista y deista que iba a su fin a través de todos los obstáculos, despreciando el pasado.

La acumulación del saber en algunos círculos determinados provocaba polémicas y diferencias. A veces era un sólo hombre, como Feijóo, el que desafiaba todas las corrientes. Interesante es anotar el estado de nuestras Universidades. Nada más elocuente que las experiencias de Torres Villarroel como catedrático en Salamanca. «Sabía —dice el penúltimo de

nuestros pícaros— que estaba en la tierra de los ciegos, porque padeció entonces España una oscuridad tan afrentosa que en estudio alguno, colegio ni universidad de sus ciudades, había un hombre que pudiera encender un candil para buscar los elementos de estas ciencias (las Matemáticas). Hallé en esta madre de la sabiduría, a este desgraciado estudio, sin reputación, sin séquito y en un abandono terrible» (25). Esto ocurría en 1726. Cuando Villarroel cedió la cátedra de Matemáticas a su sobrino, le hizo observar que a él no le habían examinado porque no había ni un profesor enterado de la signatura, que juzgaba como cosa de brujería y cabalismo.

La dinastía de los Borbones vino a asentarse en un páramo cultural. Los gobernantes pudieron obrar en España como sabios con amplios campos de experimentación. La nueva Casa reinante dirigió sus preocupaciones hacia la economía, preocupación que no viene a ser más que la consecuencia histórica de la ruina del Imperio. La decadencia social y las derrotas militares pudieron ser detenidas y esta parada es la que da al siglo XVIII su sello especial de renovación y fortaleza política. En dos fases puede dividirse la adaptación de los españoles al espíritu europeo. La época de Feijóo y la de los enciclopedistas. Esta división no quiere significar un encasillado definitivo. Es una ordenación de las ideas españolas de la época para su mejor comprensión.

Hubo unos años de espléndido fruto, debido en su mayor parte a Carlos III. «Sus Ministros no pasaron jamás de una capacidad mediana; las formas de su gobierno eran absolutas, hubo abuso de poder y errores de administración que vano sería negar y, sin embargo, el espíritu de orden y de consecuencia que tenía aquel monarca y una cierta gravedad y seso que preponderaba en sus consejos, iba subiendo el Estado a un grado de prosperidad y de cultura que presentaba las mejores esperanzas para en adelante. Murió Carlos III y estas esperanzas agradables se enterraron con él en el sepulcro» (26).

#### ENCICLOPEDISTAS Y TRADICIONALISTAS

Durante el reinado de Carlos III entró en España el espíritu del siglo. El aislamiento diplomático de Fernando VI y el cultural del que se quejaba Feijóo cesa. Con los Borbones entraron problemas y vivencias desconocidas. La Iglesia española, en donde se concentraban los sentimientos tradicionales, ofreció una resistencia deliberadamente pasiva contra toda innovación traída desde fuera. Ni la españolización de los reyes franceses, españolización lenta (Felipe V nunca perdió sus esperanzas en ser rey de Fran-

(21) *Cartas*. III. Madrid, 1751, pág. 350.

(22) Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación. 7 noviembre 1822. B.A.E.

(23) FIDEL FITÁ Y COLOMÉ. *Galería de Jesuítas Ilustres*. Madrid, 1880, págs. 251-252.

(24) Epitre LV. «De l'usage de la science dans les princer», citado por Américo Castro. *España en su Historia*, pág. 629.

(25) Citado por FERNÁNDEZ NAVARRETE. *Memoria sobre el problema de la longitud del mar*. Codoín, XXI (1852), pág. 177. V: Vida de Torres Villarroel. «Clásicos Castellanos». Prólogo de Federico de Onís.

(26) QUINTANA. *Cartas a Lord Holland*. I, 20 noviembre 1823. B.A.E., XIX, 533.

cia), ni la veneración al soberano, pudo con la repugnancia instintiva del clero y del pueblo a las transformaciones.

Una minoría audaz quiso imprimir nuevo rumbo al país, pero falta de ideas originales, y lo que es peor, de identificación social, consiguió sólo herir la epidermis peninsular, pero no calar profundamente en las legítimas ambiciones. La Iglesia atropellada en sus inmunidades y los jesuitas acusados de ser un freno a la política social, fueron las manifestaciones más sensibles de la nueva orientación. La finalidad pedagógica del Despotismo Ilustrado, si es que en España existió tal sistema, encontró un obstáculo en las Instituciones tradicionales. Se acusó a los seguidores de Loyola, como modernamente otras corrientes acusan a la Institución Libre de la Enseñanza. El monopolio de la instrucción por la Compañía fué la causa de su condena por otras Ordenes Religiosas. «En todas partes tenían fama los jesuitas de ser los únicos que profesaban todo género de letras; que no había otros como ellos para educar a la juventud y tuvieron el arte de hacerlo creer; pero no se cuidaron de aprender las ciencias para enseñarlas y todo su anhelo era atraer a sus estudios gentes de todas clases y arruinar las de otras religiones y universidades. Así fueron causa de la ruina de las letras en España y aun en casi toda la Europa, pero más en España, porque en ella fué su poder más despótico y hay más rentas eclesiásticas y más acomodados para las gentes de letras, de que fueron ellos los árbitros» (27).

Fuó necesario que los jesuitas salieran de España para que con la perspectiva emocional del emigrado descubrieran a los españoles su valía intelectual. Sin embargo, aun aislando este caso, el favor popular no siguió a la minoría reformadora. España fué grande gracias a su espíritu, era y sigue siendo la afirmación de los tradicionalistas. España perdió su prestigio porque la Religión cortó toda iniciativa, decían los hombres enciclopedistas. No quedaba para este grupo más actitud que la revolucionaria. En 1786 escribía el conde de Aranda a Floridablanca: «Rousseau me dice que continuando España así dará la ley a todas las naciones y aunque no es ningún doctor de la Iglesia, debe tenerse por conocedor del corazón humano, y yo estimo mucho su juicio». Lo que no pudo imaginarse Aranda es que la política regalista y la expulsión de los jesuitas llevase a los perseguidos a unirse a la masonería, como en otra época los judíos arrojados de España lo hicieron con los protestantes (28).

La crisis psicológica que sufrieron los gobernantes españoles ante los excesos de la Revolu-

ción, provoca un cambio de política cultural, pero ya era tarde y la nación no podía dar marcha atrás. Las Reformas españolas tuvieron un aspecto oficinesco y militar en su aplicación, pero carecieron de vigor. Lo que no se ha destacado todavía en el estudio de la época es la falta de un estadista genial, de una cabeza fuertemente intelectual, de un hombre de pensamiento y de acción que fuera capaz, con su temperamento equilibrado y político, de llevar a España por el camino deseado.

El tono general es menor, tímido y falto de grandes vuelos. Las antiguas ideas no podían desarraigarse en un abrir y cerrar de ojos con unos decretos. Las Sociedades Económicas operaban en una esfera limitadísima y las corrientes racionalistas europeas fueron en nuestro país interpretaciones subjetivas sobre el modo de aplicarlas en España.

La reacción católica y conservadora careció de energía y adolecía del defecto de localismo, confirmado por las ideas que apadrinaba. No pudieron evitar la admiración a Francia y dentro de las refutaciones de un Piquer, un Pérez y López, un Forner o un Hervás, se nota un marcado servilismo ideológico que forzosamente desorientaba a los discípulos. No se trataba de una simple reacción nacionalista y cultural, era simplemente un modelo nuevo de vida que se derrama por toda Europa. La corriente tradicionalista, al volverse contra ella, sufría, a su vez, el impacto recíproco. El catolicismo violento y batallador de los siglos anteriores había derivado en un nominalismo seco, vacío, sin originalidad. Cuando sobrevino la guerra de la Independencia, España resistió físicamente a la Revolución; pero en lo que se refiere a los espíritus, las nuevas ideas triunfaron en toda la línea.

La masa popular, que vivía excluida del pensamiento racionalista, buscó sólo el eco de sus sentimientos revestidos de la forma habitual. Por eso, lo único racional y auténticamente casticista en el siglo son las pequeñas piezas teatrales de don Ramón de la Cruz.

Cadalso, uno de los espíritus más finos y amplios que tuvo el siglo XVIII, advertía la profunda diferencia en la concepción del mundo, trazada por los siglos XVI y XVII y el que le toca vivir. Comprende el sentido crítico de la época y escribe «Aplicáte a la gran filosofía.» Capta el fenómeno político, lo descubre, pero no se molesta en analizarlo. Describe sólo la exteriorización formal del Despotismo Ilustrado español como una moda francesa (29).

La Ilustración y el Enciclopedismo fructificó en los medios gubernamentales sólo o en las Sociedades Económicas. En las Vascongadas, llegó a adquirir tal conciencia que en 1795 se esbozó el proyecto de traspasar la región a Francia. Consecuencia de una admiración filosófica que pasaba del terreno de las ideas al

(27) MANUEL LANZ DE CASAFONDA. «Del Consejo y Cámara de Indias». Del estado general de la Literatura en España del de las tres Universidades Mayores entre dos abates napolitanos. Diálogo escrito en castellano por un español, apasionado de la verdad. Sem. Erud. Valladares. XXVIII, págs. 119-159 ss. Sempere. Biblioteca, II, 149.

(28) SALVADOR MADARIAGA. *Cuadros históricos de Indias*, pág. 773 ss.

(29) *Ocios de mi juventud*, ed. 1803, II, 250. MICHEL LHERITIER. *Un esprit international dans l'Espagne du XVIII<sup>e</sup> Siècle. Homenaje a Altamira*. Madrid, 1946, págs. 233-240.

de los hechos. Las innovaciones más trascendentales fueron importadas por las Sociedades Económicas y el grupo de Aranda, Fernán Núñez, Peñaflores, Floridablanca, Azara, etc.

Es una de las características de los Borbones el que se hable en sus reinados más de los ministros que de ellos mismos, lo que altera por completo el concepto puro del Despotismo Ilustrado y nos hace dudar que en España haya ocurrido semejante fenómeno reduciendo sólo las Reformas al hecho escueto de esta misma palabra, ausente de matices filosóficos.

Los volterrianos españoles mandaron callar a Cadalso y no aprobaron la publicación de las «Cartas Marruecas» y animan, por el contrario, a Forner para que imprima la aristotélica «Apología» (30). Este ejemplo, que tan brillantemente comenta Menéndez Pidal, demuestra que los «europeizantes» no tuvieron suficiente audacia ni espíritu necesario para implantar la Ilustración. Falta en nuestro Despotismo Ilustrado la gran fuerza política que crearon alemanes, austríacos, rusos, franceses. La admiración a Francia no hizo olvidar a Federico II ni a Catalina la Grande o a José II su sentido patriótico y nacional. Carlos III es el rey más representativo del siglo, pero de talla inmedible con el monarca prusiano o la soberana rusa.

El conocimiento ilustrado protegido por Carlos III va dirigido sólo a solucionar las necesidades físicas de los españoles, no las espirituales. La ocasión se perdió y España relleno los huecos de su filosofía con los productos de fuera. Durante ningún momento pudo colocarse nuestro país al nivel cultural de las naciones europeas. Sin embargo, España alcanzó un relativo puesto en la época. Este se debió a la iniciativa individual que procuraba por todos los medios a su alcance educar el país. Lo que hubo de creador fué obra de la naciente clase burguesa. El mismo Menéndez Pelayo abandona su acostumbrada fobia contra el siglo XVIII y reconoce que el carácter utilitario de la restauración científica fué encabezada por oficiales, médicos y farmacéuticos del estado llano (31).

#### EL ESTADO «ILUSTRADO»

La nueva dinastía buscó sus auxiliares entre la clase burguesa, en el grupo de togados que Menéndez y Pelayo llamaba despectivamente «covachuelistas». Los grandes eran pocos y muchos los burgueses, entendidos y capaces para ejercer las funciones administrativas. Infiltrada la clase media en las Secretarías y Consejos, construyeron la base del Estado por su celo en el trabajo, probidad y ambición. Depositarios de la salud pública, fueron los servidores del Regalismo. La tónica general del

siglo les llega por Gacetas, Libros y Enciclopedias. No contemplan lo creado sino que se afanan por crear. «Cincuenta años ha —escribía Feijóo— y aun menos, que ni aun en las más cultas asambleas se oían las voces de la crítica, sistema fenómeno y hoy están atestados los pueblos de críticas, sistemáticas y fenomenicas» (32).

El predominio del elemento burgués hizo que la nobleza perdiese su significación política aunque no su preeminencia social, que quedó como una clase distinguida al servicio de la Corona. Estructurado el país, en clases sociales jerarquizadas, no bastaba más que la educación, llevando el pueblo a participar en la felicidad común. Ahora bien, educación cívica y artesana, no política que siguió siendo patrimonio del Estado. Cúmplese así una de las características del Despotismo, servir al pueblo pero sin permitir su acceso a la plataforma oficial. La pérdida de las posesiones europeas. Flandes, Luxemburgo, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, limitó la política española a sus fronteras, insistiendo en su propio contenido (33).

El país se ofreció a la nueva Casa reinante como amplio campo de experimentación. España seguía apática y soberbia y un celo «pío si, pero indiscreto y mal fundado» reinaba en los ánimos. Se temía que las doctrinas nuevas perjudicaran a la Religión (34). Al restaurarse el campo científico, brotó una nueva rama cultural, pero más bien que un retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diría que fué un injerto exótico.

Deseo de la nueva Monarquía fué la centralización en todos los aspectos, incluso el religioso, pero nunca en el sentido regalista sino en el administrativo. La relación Imperio-Pontificado era considerada entonces un absurdo, viéndose en ella más bien una finalidad temporal que debía cortarse. «Las potencias católicas —decía Federico el Grande (en 1777)— nombrando a Francia (España y Polonia, no podían aceptar a un Vicario de Cristo sometido al Emperador. Cada una de ellas podrá crear un patriarca para su servicio imitando a la Iglesia en todos sus aspectos, pero en más reducidos límites» (35).

El pensamiento de Federico el Grande no se cumplió porque el catolicismo español jamás pensó en una separación total. Los hombres de la Ilustración practicaron sólo un patriotismo ilustrado, pero nunca implantaron las luces al estilo prusiano o ruso. Los esfuerzos por nivelar las clases sociales, educarlas y elevarlas chocó con la apatía e indiferencia de las masas. El interés demostrado por los gobernantes ha-

(32) *Cartas Eruditas*. II, 18.

(33) M. HUME. *Historia del pueblo español*. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia. Madrid, s. a., pág. 555.

(34) FEIJÓO. *Causas del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales*. B.A.E., LXVI, 1863.

(35) FEDERICO A VOLTAIRE. 9 julio 1777. *Lettre CCCXCIV*, vol. III. *Correspondance de Voltaire avec Frederic*, 399.

(30) R. MENÉNDEZ PIDAL. *Historia de España*. Calpe, 1942. Introducción LXXXVIII.

(31) *Ciencia Española*, II, 474-479.

cia un mejoramiento social era entonces un abuso de los derechos y costumbres de cada uno.

El atraso de España fué trascendental por sus consecuencias. El apego al pasado con todos sus vicios y escasas virtudes, la quiebra de las instituciones religiosas demostrada en la expulsión de los jesuitas, la modorra, ignorancia y apatía de la mayoría, fué causa de que todo se hiciera a paso de carga, cayéndose en torpezas continuas y marchitándose los frutos de una revolución que pudo ser salvadora.

El ejemplo a seguir lo dió Francia. El que los Borbones españoles tuvieran tal ideal, le venía de la sangre; pero los españoles admirando Versalles es mucho más sorprendente. Todos los países de Europa miraban a Francia, pero dentro de su actitud existía un profundo sentido patriótico que les llevaba a subordinar semejante moda a los intereses nacionales.

Los reyes españoles no comprendieron del todo la complejidad espiritual española, pero supieron rodearse de las principales figuras de la nación. El centralismo administrativo fomentó la cohesión de las clases medias, ganándose en intensidad cívica lo que se perdía en dimensión filosófica. ¿Cómo se da en nuestro país el dogmatismo político del déspota? Feijóo calificaba de monstruosa la divinización del poder real que caía en el olvido de otra deidad en el cielo (36). El definidor de esta teoría fué Hobbes, que hizo dioses a los reyes (37).

Campomanes, sin embargo, defiende la Soberanía, libre de trabas, que no sean las creadas por ella misma. No admite compañía en el ejercicio del poder y debe conocer todos los actos políticos; «Una falta en ello puede producir la ruina o la turbación del Estado» (38).

La Iglesia que era en España, junto con la Corona, las dos fuerzas constitutivas del país, no se unió sinceramente a la dinastía que tuvo que luchar, concretando sus ataques en la Inquisición y en las Ordenes Religiosas, sobre todo en los jesuitas. Macanaz, escribía en 1717 un discurso sobre el poder que algunos doctores han querido atribuir al Papa, despertando la furia del Santo Oficio, pero cuyo contenido doctrinal alcanzó el triunfo en el Concordato de 1753, que daba a los reyes de España el Patronato Universal.

Joaquín Maldonado Macanaz juzga apócrifo el libro «Auxilios para gobernar una Monarquía», en donde se propone «la expulsión de los jesuitas en una forma análoga a la que se verificó en el reinado de Carlos III». El auxilio X lleva el título de «La Religión jesuítica. Causa imponderables males al Estado. Auxilio para que esta peste se corrija» (39). Es lógico pensar que Macanaz viviendo largas temporadas en París estuviera al corriente de la animadversión europea contra la Compañía,

de la que se hacían portavoces Voltaire, Federico, Tanucci. No es una opinión personal la de Macanaz, sino el eco del clamor regalista, entonces dominante.

Neutralizadas los órdenes religiosos, no hubo otra actividad política que la de afirmar el nuevo sistema. Referente a él, escribía Campomanes que la legislación correspondía sólo al Rey, cuya potestad incluía la de todos los vasallos. «El Rey y el Reino son una misma cosa, en orden a la conservación del Estado» (40). Pérez y López escribía, a su vez, que «El Imperio en su raíz y sustancia es indivisible... sólo se advierte el ejercicio de él.» (41).

Frente a esta postura radical se halla un grupo de absolutistas moderados que inician un movimiento representativo y liberal cuya máxima figura fué Pérez Valiente, autor del «Apparatus iuriis publicis». La crítica de la nobleza había tenido ya en Feijóo un precedente que los políticos se encargaron de ampliar. Cabarrús, en carta a Jovellanos, le decía al tratar de la abolición del mayorazgo, que su origen se hallaba en la ignorancia de la Física y de la Metafísica, que hizo atribuir a la sangre virtudes de que no es susceptible (42).

Los bienes vinculados a las manos muertas que garantizaban la existencia de esas mismas «manos», provocaron una campaña político-literaria que los decretos reales sancionaron. Ya en el reinado de Felipe V fueron abolidos los cargos de Condestable y Almirante de Castilla, patrimonio de los Enríquez de Cabrera y Fernández de Velasco. El oficio de Correo Mayor de Indias es revertido a la Corona y los oficios públicos desempeñados hereditariamente fueron sacrificados al centralismo administrativo (43).

Había que suprimir la nobleza, pero no como lo hizo Luis XIV, convirtiéndola en servidumbre y etiqueta cuyo primer esclavo era el monarca. Cabarrús sostenía la dignidad real de tipo democrático «¿No han acreditado José II y el Gran Federico que la majestad del trono no necesita esta engorrosa sujeción? ¿No supieron conciliar la dignidad del rey con el trato sencillo y llano, con la dulzura y el desembarazo de la amistad? ¡Oh, si el nuestro hiciese esta prueba, si fuese a recorrer sus provincias, si visitase y tratase con los propietarios retirados a ella!, entonces diría gozoso: Por fin he saboreado las dulzuras y las fruiciones de mi especie, había nacido Rey, pero he experimentado lo que vale ser hombre» (44).

(40) *Tratado de la Regalía de Amortización*. Madrid, 1821, págs. 50-51.

(41) *Principios del orden esencial de la naturaleza establecidas por fundamentos de la moral y por prueba de la Religión. Nuevo sistema filosófico*. Madrid, 1785, pág. 177.

(42) *Cartas*. Madrid, 1820, pág. 231.

(43) DESDEVISSES DU DEZERT. *L'Espagne de l'Ancien Régime. La Société*. París, 1897, pág. 124. FERRER DEL RÍO. *Historia de Carlos III*. Madrid, 1856, I, página 262.

(44) *Cartas sobre los obstáculos de legislación respectiva a la vinculación de frutos y a las imposiciones*. Madrid. Imprenta Ferreira, s. a., págs. 121-122.

(36) *Cartas Eruditas*. Sobre la virtud curativa de los lamparones atribuida al Rey de Francia.

(37) *Teatro*, IV, 13, pág. 17.

(38) *Juicio Imparcial sobre el Monitorio de Parma*. B.A.E., tomos LIX, LX, 1.134.

(39) O. c. *Semanario Erudito*, vol. VI, pág. 215.

El predominio del elemento burgués es el que pone en entredicho a la nobleza. Jovellanos la consideraba necesaria en cuanto servía con amplitud de miras, exentas de ambiciones materiales como estímulo y honor a las generaciones que buscasen gloria y dignidades (45). Pérez y López, lector de Montesquieu, ve en la nobleza uno de los pilares del Estado, que servía de enlace armónico entre el pueblo y la Corona. Los problemas económicos planteados por las guerras del siglo provoca los ataques contra los privilegios nobiliarios. Al servicio del comercio, en creciente poder, quiere movilizarse a todos los estamentos. Incluso el mismo Monarca, según Macanaz, debía convertirse en «el primer comerciante del Reinado» (46). Tendencia contraria es la de Cabarrús, que exige la desaparición de la nobleza por no ser necesarios sus oficios. Es tan sólo un elemento perturbador para la sociedad y como ésta basa su equilibrio en la utilidad pública hecho en contradicción con el atacado estamento, éste de por sí es inútil.

La subversión social dentro del cauce normal que exigía la modalidad del siglo, llega a todos los campos de la vida pública española; el reconocimiento de la nobleza de los oficios, el trabajo de la tierra por vagos y mendigos, la reforma de la enseñanza, la administración de justicia, la abolición de la tortura, la disciplina y saneamiento del Ejército y otras mil medidas que dieron a España un perfil económico distinto, apto a todas las futuras posibilidades (47).

Lo que intentaron los españoles ilustrados es extraordinario dada la meta deseada. La tarea sólo iniciada fué recogida por los hombres del siglo XIX. La Ilustración española no encontró actitudes ni personalidades claramente definidas y absolutas en su contenido ideológico. Faltó el gran político, la figura gigantesca capaz de centrar en su dimensión humana y política la fascinación del país y el orgullo de la empresa. Cuando se pudo formar un esquema sólido de principios fué años más tarde en la improvisación de la soberanía nacida en las Cortes de Cádiz.

La intromisión del individuo en una esfera gradual, abstracta y extrahistórica de ideas e ideales, no se da en España donde toda especulación se da con sentido empírico. Los patriotas ilustrados no distinguían entre cultura y política. No hay fronteras entre ambas esferas

(45) *Informe sobre la Ley Agraria*. Madrid, 1845, pág. 130.

(46) *Auxilios*. *Semanario Erudito*, pág. 245.

(47) ALEJANDRO AGUADO: *Política española para el más proporcionado remedio de esta Monarquía*. Madrid, 1746; SEMPERE Y GUARINOS: *Política de España acerca de los pobres, vagos y mal entretenidos*. Biblioteca Española, Económica-Política. Madrid, 1801; A. JAVIER PÉREZ Y LÓPEZ: *Discurso sobre la honra y deshonor legal*. Madrid, 1781; FLORIDABLANCA: *Instrucción Reservada*. B.A.E., LVI, págs. 220-239; JOVELLANOS: *Sobre el establecimiento de un Montepío para los nobles de la Corte*. B.A.E., pág. 7; FELJÓO: *La ociosidad desterrada y la Milicia socorrida*. Teatro. B.A.E., LVI, pág. 467; *Honra y provecho de la Agricultura*. Teatro. VIII, 12, B.A.E., LVI, pág. 456.

de atracción. Faltó el ambiente político y filosófico que flotaba en Europa desde la época de Descartes y, por tanto, no pudo ser fecundo en enseñanzas.

El pueblo no supo conquistar sus libertades con la gracia dramática del inglés o el francés. La fuerza de la Religión Católica y el complejo psicológico nacional movieron en apasionado subjetivismo el siglo XVIII español. Los ideales en función carecen de la objetividad y ecuanimidad de la política ilustrada continental. Los principios implantados carecen de madurez y la solución feliz de unir la Razón con la Tradición no se consideró. Económica y socialmente se mejoró la vida española, pero no su espiritualidad. La mejora duró escaso tiempo y fué un oasis entre la aparente quietud del siglo. La unión del hombre de acción al de pensamiento, principal característica del Despotismo Ilustrado, falta en España y, por tanto, el país quedó sujeto a las variaciones temperamentales de los ministros. La Monarquía se hizo más casera, más burguesa, más práctica, pero se despojó de las calidades espirituales que anteriormente la habían engrandecido.

#### EL SIGLO XVIII JUZGADO POR LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA

La Historiografía posterior enjuició el siglo XVIII de modo muy diverso. El hecho de que en esta centuria se iniciara la lucha entre tradicionalistas y europeizadores, ha sido un obstáculo para la fría objetividad histórica.

Don Juan Valera, a quien no se le puede atacar de anticatólico y reaccionario, describe el panorama, que se presentó a los Borbones, como desolado y sin frutos. Así como se consumió la dinastía de los Habsburgos, pereció la cultura, ahogada por el fanatismo. Cuando España despertó de sus sueños de ambición «nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla y obligados a seguirla como a remolque» (48). La decadencia era ya tan honda que los nuevos elementos traídos por los innovadores, no lograron fundirse con el ser antiguo de nuestra civilización (49). La nueva actividad intelectual forzosamente tenía que abrirse paso en lucha continua, dadas las pocas afinidades existentes entre la civilización de fuera y el espíritu español, espontáneo e indisciplinado —comenta L. A. Cueto (50).

Menéndez y Pelayo ataca fuertemente la nueva sociedad española compuesta en su parte activa por extranjeros que con pretexto de civilizarnos, saquearon la Hacienda e hicieron hondo perjuicio a la genuina cultura, a la dig-

(48) *Del influjo de la Inquisición y del Fanatismo Religioso en la decadencia de la Literatura española*. *Disertaciones y juicios literarios*. Sevilla, 1882, páginas 197-198-227.

(49) *De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente*. «Crítica Literaria», 1864-71. «Obras completas de Juan de Valera», pág. 248.

(50) *Poetas líricos del siglo XVIII*. B.A.E., LXI, 1689. Introducción, p. XI.

nidad y la vieja libertad cristiana (51). El Regalismo, con su carácter de intromisión en los asuntos de la Iglesia, fué el disfraz de los jansenistas, enciclopedistas y volterianos para atacar el Pontificado, expulsar a los jesuitas e iniciar la desmortización. El regalismo es la herejía administrativa (52). Más adelante acentúa el santón del catolicismo ilustrado español que no se trata de jansenistas, ni de regalistas, sino de volterianos, que iban derechos a la Revolución en sus formas diversas: oficinescas, togadas y militar (53). Las Sociedades Económicas fueron otras tantas manifestaciones de la heterodoxia (54). La propaganda enciclopedista empezó a fines de siglo en forma descubierta, existiendo antes clandestinamente (55).

Contribuyó a la difusión de las ideas ilustradas la decadente escolástica que en la primera mitad del siglo no aportó nada útil y sí sólo repeticiones serviles de las obras monumentales de las dos centurias anteriores (56). Explicada en parte la facilidad hallada por libros revolucionarios en propagarse, don Marcelino, olvidando el furioso gesto intransigente de los «Heterodoxos», escribe en las «Ideas Estéticas» que no hay por qué avergonzarse de recibir un influjo que forzosamente debía «ser beneficioso, obedeciendo a la ley de la cultura que se transmite por igual a todas las naciones» (57). La Revolución estaba hecha y lo lamentable es —anota Menéndez y Pelayo— que el episcopado se contagié y «estaba empeñado fuertemente en suicidarse» (58).

¿Qué postura adopta el siglo XX ante el siglo XVIII español? Para el doctor Marañón, apenas se pueden recoger vestigios de la crisis que era la de una edad nueva en la historia del Mundo (59). La polémica sobre la Ciencia española, tan valientemente sostenida por Menéndez y Pelayo, no puede ser resucitada dado el juicio crítico y audaz de las nuevas generaciones. Ramón y Cajal ha hecho notar el escaso rendimiento científico de España, sumida en el estado infantil de la cultura. «Las personalidades aisladas y perdidas en un ambiente hostil no pueden ser representantes de cultura. Para que ésta exista es necesario un ambiente de mediana densidad cultural» (60).

El P. Félix García ataca esta tesis del doctor Marañón, que fué ampliada en «Las ideas biológicas del P. Feijóo». Lo histórico, lo permanente viene siempre transmitido y dado como en síntesis cristalizada por las grandes individualidades que salvan y redimen una época (61).

En un nuevo trabajo sobre el siglo XVIII insiste Marañón en la cerrazón científica de España, aunque no omite sus elogios a los gobernantes de la segunda mitad del siglo. «La riqueza la da el bienestar y la fortuna media como el índice cultural depende de la instrucción del montón y no de los genios» (62).

El pensamiento liberal ha defendido la Ilustración española pero ha acusado de incultura a la totalidad del país que no respondió a su noble llamamiento. Bosch Gimpera con la perspectiva emocional del emigrado dice que cuando Europa se hallaba en pleno frenesí científico, España se hallaba en completa decadencia y no se sacaba el fruto de la época de creación (63).

Mentalidad de tan alto valor político y social como Ramiro Ledesma Ramos vislumbró el punto débil del edificio español en aquella época «España por las causas que fueran no consiguió atrapar el Imperio complementario a aquel que era su fuerza y su gloria durante el siglo XVI. Este Imperio complementario era el de ser el impulsor de la revolución económica que entonces se preveía» (64). La bancarrota financiera de los Habsburgos fué, en parte, la causa del abandono total de España. Abandono del que se quiso recuperar el siglo XVIII, no por obra y gracia de la dinastía, sino de unos cuantos «golillas» que quisieron hacer de España la potencia que fuera antaño (65).

¿Es, pues, una causa económica, política, o espiritual lo que determinó el retraso con que España se incorpora al mundo del pensamiento? El ideario de los Habsburgos seguía rigiendo la mentalidad peninsular, haciendo el P. Feijóo de puente transicional entre una y otra época (66). José María Cossío considera estos años en los que vivió el sabio benedictino como «el bache más profundo de la progresión de la vida social y del adelantamiento intelectual españoles» (67). Ramiro de Maeztu intentó comprender a España y profundizar el afrancesamiento de la sociedad y recapituló sus observaciones, haciendo destacar como de todos modos el hecho era que a mediados de la centuria los españoles «echamos de menos algo esencial en el espíritu nuestro, nos persuadimos de que algo muy importante nos faltaba» (68).

Lo esencial era la finalidad de la política, esencialmente católica y lo que faltaba eran los medios con que solventar los nuevos problemas. La Ilustración pudo ser manipulada

(51) *Heterodoxos*, VI, ed. 1930, pág. 34.

(52) O. c. VI, págs. 38-39.

(53) O. c. VI, págs. 134-136.

(54) O. c. III, pág. 221.

(55) O. c. VI, págs. 237-238.

(56) *Ideas Estéticas*, ed. 1940, I, pág. 102.

(57) O. c. III, págs. 187-188-191.

(58) *Heterodoxos*, IV, págs. 136-137.

(59) *Nuestro siglo XVIII y las Academias*. Calpe, 24-23.

(60) G. MARAÑÓN, o. c., pág. 52.

(61) *Reivindicación de Feijóo*. Cruz y Raya, junio 1934, pág. 138.

(62) *Más sobre nuestro siglo XVIII*. «Rev. Occidente», 1935. abril, mayo, junio. XLVIII-292.

(63) *Fuerzas progresivas y retardatorias en la Historia de España*. «R. de las Indias». Bogotá, núm. 90, junio, 1946, pág. 345.

(64) *Discurso a las Juventudes de España*. «La Lejanía Histórica». Fe, 4.ª ed., 1942.

(65) G. TORRENTE BALLESTER. *Epístola a Antonio Tovar*. «Escorial», 1941. IV, pág. 125.

(66) VICENTE DE LA FUENTE. *Prólogo a las obras de Feijóo*. B.A.E., LXVI, VII.

(67) *Introducción a la lectura del P. Feijóo*. «Escorial», IV, pág. 199.

(68) *Defensa de la Hispanidad*, 4.ª ed., 1941, página 270.

por unos cuantos cerebros que adquirieron más significación por su soledad, pero ¿hasta dónde llegó su influencia? Morayta, hablando de Feijóo, dice en aventurada frase que no se propuso nunca descatalogar España pero que si se lo hubiera propuesto, habría empezado de todas maneras por lo que hizo» (69). Pi y Margall va aún más lejos que Morayta-Feijóo, tiene miedo de romper con el pasado, respeta al pueblo y el siglo en que vive pero no puede ocultar sus más íntimos pensamientos. Y distingue en sus palabras la ironía del que se ve obligado a decir lo que no siente (70). Caen en parecida apreciación Montero Díaz (71), Marañón (72) y Entrambasaguas (73).

Continuadores de este pensamiento ilustrado-católico fueron los amigos de las Sociedades Económicas, «excelentes católicos —dice Marañón— que supieron hacer compatibles como Feijóo, Carlos III y tantos otros, el espíritu educado de la centuria con la más rigurosa y aun gazmoña catolicidad» (74).

La moda filantrópica y cosmopolita entró sólo en su versión francesa ampliada —anota Emiliano Aguado—. El Estado siguió la moda europea y «el hombre en fuerza de buscar en la historia modos posibles de vivir olvida el suyo» (75).

Ramiro de Maeztu ya había descubierto el carácter extranjero de la Ilustración que debió su entrada en España a la admiración sentida por los españoles a lo nuevo. «No brota de nuestro ser, sino de nuestro no ser. Por eso la podemos llamar antipatria, lo que explica su esterilidad» (76). Los esfuerzos de los gobernantes en elevar las «luces» del pueblo, los define Rafael Altamira como una manifestación legislativa operando sobre una colectividad mal preparada para comprender las novedades» (77). Mediado el siglo, el cambio espiritual iniciado por los Borbones empezó a notarse, es entonces, nos dice Dolores Franco, cuando los españoles despiertan, hacen examen de conciencia y lo someten todo a revisión. La semilla de Feijóo había ya fructificado (78).

Menéndez Pidal con la autoridad de su ilustre y fundado magisterio distingue notablemente cómo la Religión pasó a ser cuestión de fuero interno encarándose sólo el Estado con los problemas terrenos. En cuyo campo de acción la vida apartadiza de España nos colocaba en un gran retraso que fué percibido por españoles descontentos, animados de propósitos renova-

dores. Surge en este momento el choque con el exterior que se convertiría en las dos Españas (79). Escisión ésta que también resalta Fidelino de Figueiredo que describe las primeras contiendas intelectuales (80). Sánchez-Agosta en su estudio sobre el P. Feijóo explica la actitud española como un dilema entre la consunción o la renovación. La inclinación por ésta, necesariamente había de recibir la influencia de cuanto estaba en el ambiente como consecuencia de la nueva situación política. La laguna cultural y política que vislumbramos entre Carlos II y Felipe V es de «silencio expectante más que de ausencia» (81). Es natural que el modelo escogido fuera la Francia de Luis XIV. Absolutismo divino, una diplomacia perfecta, económica Colbertista, ejército permanente y centralismo cortesano que se quiso implantar para prosperar como el vecino país. Oliveira Martins registra la fidelidad con que copiaron los españoles el cuadro francés y sus consecuencias (82). La figura más característica es Carlos III de quien dice Menéndez Pelayo que era de cortísimo entendimiento, «simple testaferrero de los actos buenos y malos de sus consejeros. Tenía condiciones para ser un especiero modelo, un honrado alcalde de barrio, un burgués» (83).

Lafuente, separa su política interna a la que dedica elogios, de la exterior donde se dejó llevar de sus sentimientos, del enojo y del error de cálculo (84). Danvila y Collado censura su anglofobia «El odio no puede jamás ser un buen consejero para gobernar y regir los destinos de una nación» (85) Hume le llama «déspota bienhechor» (86).

Enfocar profunda y objetivamente el Despotismo Ilustrado español todavía no se ha hecho. Cayetano Alcázar y Molina en conferencia y artículos públicos ha expuesto su tesis, concordando con el criterio tradicional. Reconoce la diferencia entre Carlos III y los soberanos europeos. No es un monarca clave del impulso reformista. Los reformadores son los ministros (87). Palacio Atard se plantea la pregunta de la existencia del sistema y formula tímidamente su pensamiento: «si los Reyes no tuvieron idea alguna filosófica queda ante nosotros los gobernantes, pues fueron ellos los que promovieron el movimiento español y ninguno poseía una fundamentación política liberal basada en las ideas de la Ilustración» (88).

El hombre típico de la Ilustración española fué Aranda y según R. Konetzke no era un li-

(69) *Teatro Crítico*. Oporto, 1887. Introducción.

(70) *El P. Feijóo y sus obras*. Valencia, s. a., página 103.

(71) *Ideas Estéticas del P. Feijóo*. «Bol. Universidad de Santiago», IV (1934), 19.

(72) *Las Ideas Biológicas del P. Feijóo*, Calpe-Madrid, 1934.

(73) *Antología*, ed. Nacional. Madrid, 1942. Prólogo.

(74) *Ideas Biológicas*, pág. 282.

(75) *Desde el siglo XVIII hasta nuestros días*. «Escorial», 1942, págs. 69-164.

(76) *Defensa de la Hispanidad*, pág. 17.

(77) *Historia de la Civilización española*. Barcelona, 1911, IV, págs. 122-137.

(78) *La preocupación de España en su Literatura*. ed. Adán, pág. 51.

(79) *Historia de España*. Calpe. 1942. I. Introducción, p. LXXXVIII. XC, XCI.

(80) *As duas Espanhas*. Coimbra, 1932.

(81) *El P. Feijóo en el pensamiento político del siglo XVIII*. «R. Estudios Políticos», 1942, II.

(82) *Historia da civilização ibérica*. Lisboa, 1885, pág. 287.

(83) *Heterodoxos*, págs. 157-158.

(84) *Historia de España*, vol. XV, pág. 75.

(85) *Reinado de Carlos III*, IV, pág. 157.

(86) O. c. p. 579.

(87) *El Despotismo Ilustrado en España*. «Bibliothèque des Sciences Historiques», núm. 20, 1933.

(88) *El Despotismo Ilustrado en España*. «Arbor», 1948. enero.

berador espiritual de la humanidad como hace sospechar su conducta. Los pensamientos de la Ilustración son en él medio, no fin (89).

Los Reyes gobernaron provechosamente, gracias a sus ministros y fatalmente también. Supieron escoger a sus colaboradores y llegaron a notables identificaciones. Para Carlos III, cuanto hacía Floridablanca era el Evangelio. Pueden deducirse de esta afinidad política lo que Danvila insinúa, se está operando el cambio del régimen absoluto al Representativo, pues los ministros limitaban a la Corona y ésta, a su vez, quitaba a la administración el poder exclusivo. Carlos III vino de Nápoles decidido a gobernar España como se gobernaba Prusia y Francia, pero sus ministros, sobre todo, Floridablanca y Campomanes le inclinaron a una situación de derecho, y de intereses nacionales (90). La forma de manifestarse claramente la nueva política, fué en el tema de las Regalías y a lucha con la Inquisición. Fernández Almagro observa que el súbdito ganó cierta margen de libertad para la vida de su conciencia (91).

García Pelayo ha demostrado en un ensayo sobre los estamentos en la época de la Ilustración «como una buena parte del pensamiento social de la época —respecto a la nobleza conduciría a unas transformaciones radical de los supuestos de la sociedad española, transformación que de manera cumplida y consciente sería más tarde rematada por el liberalismo» (92).

(89) *Die Politik des Grafen Aranda*. Berlin, 1929.

(90) *Reinado de Carlos III*. «Bol. R.A.H.», XXVIII (1896), 502.

(91) *Orígenes del Régimen constitucional de España*, pág. 17.

(92) *El estamento de la nobleza en la época del Despotismo Ilustrado*.

La ofensiva burguesa contra la nobleza tiene para García Pelayo una importancia decisiva. La organización aristocrática fué aprovechada por los intereses del Estado, que representa «el paso de la sociedad estructurada estamentalmente a la sociedad estructurada en clases»

### CONCLUSIÓN

Podemos resumir cuanto llevamos expuesto, fijando como herencia de la época, el afán de abrir horizontes a los españoles, considerar a América el auténtico pulmón de la península y un vasto programa de reformas que permitió las empresas continentales del siglo. Los ministros colaboraron activamente superando a los reyes. No hay una auténtica Filosofía de la Ilustración y, por tanto, carece de raíces el Despotismo. Fueron a solucionarse las necesidades físicas de los españoles pero no las espirituales que hallaron plena cristalización en el auténtico «afrancesamiento» del siglo XIX. Exteriormente marchó España por la ruta francesa, pero afortunadamente hizo un viraje nacionalista, volviendo a los intereses americanos y africanos. El perfil cultural es distinto al europeo debido a múltiples causas. Es esta una peculiaridad del pensamiento español aún vigente. Las reflexiones del movimiento filosófico europeo se basaban en el porvenir, pero los «ilustrados» peninsulares, pensaban más en el pasado. No hay en nuestro país el optimismo y fe del europeo que transformó la sociedad. Domina más bien el recelo, la reserva, el arte de la media estocada, la mirada de soslayo. Surgen algunas figuras excepcionales, pero su carácter confirma la soledad en que se encontraban, viviendo en un reino de talentos mediocres regidos por una dinastía paternal.